

entre los indios hubiera tenido «grandísimo fruto» si «des predicaran el santo Evangelio con *el ejemplo que la doctrina pide*».

Sin embargo, hay un solo vicio que los españoles les han quitado a los indios, merced al buen ejemplo que les daban, a saber: la embriaguez. Y Garcilaso añade: «si en todo vicio hubiera sido el ejemplo tal, hubieran sido apostólicos predicadores del Evangelio» [p. 222].

El tercer punto era el celo de los reyes incas en procurar que a la conquista fuera unida, siempre y en todas partes, la predicación de su doctrina. Esta tarea la anteponían a todo lo demás. Hablando de la nación Huanca, dice el autor: «Esta nación tan poderosa (...) conquistó el Inca Capac Yupanqui con regalos y halagos, más que no con fuerza de armas, porque pretendían ser señores de los ánimos antes que de los cuerpos» [p. 207].

El ideal misionero que los Incas llevaban a la práctica es igualmente muy manifiesto en las palabras que el Inca Mayta Capaz hace transmitir a la tribu rebelde de Huaychu, que invoca la misericordia del Inca: «el Inca mandó que un capitán de los suyos respondiese en su nombre y les dijese que su padre el Sol no lo había enviado a la Tierra para que matase indios, sino para que les hiciese beneficios, sacándoles de la vida bestial que tenían y les enseñase el conocimiento del Sol, su dios, y les diese ordenanzas, leyes y gobierno para que viviesen como hombres y no como brutos; y que por cumplir este mandamiento andaba de tierra en tierra, sin tener necesidad de ellas, atrayendo los indios al servicio del Sol» [p. 92].

Recordemos este celo de los Incas en la predicación de su doctrina al detenernos un momento con la *Historia de la Florida*, que relata el descubrimiento de la Florida por Hernando de Soto.

Oviedo ha presentado esta expedición de Hernando de Soto como un despilfarro inútil de dinero y energía. De Soto no hizo sino recorrer el país de una parte a otra. Eso no era conquistar ni poblar —dice Oviedo—, «sino alterar e asolar la tierra e quitar a todos los naturales la libertad». Oviedo menciona también el hecho que los españoles tenían entre los portadores muchas indias con las cuales fornicaban: «e que las hacían baptizar para sus carnalidades más que para enseñarles la fe». Y el autor se lamenta: «Oh gente perdida, oh diabólica cobdicia», etc. Llama a De Soto «matador de indios», y de él dice que no «pudo reposar sin volver a las Indias a verter sangre humana, no contento de la vertida» [BAE, t. 118, pp. 165-180].

Nos parece significativo que Garcilaso el Inca haya elegido precisamente este episodio tan poco edificante de la conquista española para materia de su primera historia. Lo que resalta en *La Florida* son las andanzas enredadas de estos conquistadores, «que por el monte an-

daban ansiosos por matar indios como si fueran venados» [p. 59], y quienes, por no seguir otro rumbo que el de su insaciable sed de oro, se olvidaron de dar nombres a los pueblos que atravesaban y de «demarcar la tierra», de suerte que a cada paso Garcilaso ha de excusarse de no poder seguir la pista de ellos. Pero lo más notable en relación con el rasgo distintivo de la conquista incaica que acabamos de señalar son las lamentaciones de Garcilaso de que estos españoles desatendiesen la predicación del Evangelio por su ansia insensata de alcanzar siempre nuevos horizontes prometedores de riquezas nunca halladas. Según él, la expedición de De Soto ha faltado a la santa tarea de predicar el Evangelio en el Nuevo Mundo, a la que Dios ha llamado a los españoles [pp. 412-414].

También en la *segunda parte de los «Comentarios»*, Garcilaso no se cansa en repetir y lamentar que la conquista española del Perú no fuera seguida por la predicación del Evangelio. Con su cautela acostumbrada Garcilaso empieza por achacar este retraso en la conversión de los indios a la obra del demonio. Pero entre líneas se lee lo que considera como los verdaderos motivos: la sed de oro, tierra y poder de parte de los españoles, su negativa a restituir el reino incaico a sus herederos legítimos, las Ordenanzas de 1542. Todo esto lo veremos más adelante.

El examen de estos tres aspectos de la obra civilizadora de los Incas ha puesto al descubierto que la intención de Garcilaso no ha sido dar un relato objetivo y aislado del pasado peruano hasta la llegada de los españoles, sino que esta *primera parte de los «Comentarios» reales* hace cuerpo con la *segunda parte*, ambas formando una «imprescindible pareja». La visión garcilasiana de la misión y el gobierno de los Incas está formada de elementos que faltan precisamente, en parte o por completo, a la acción conquistadora y colonizadora española. Sin embargo, sería simplista sacar desde luego la apresurada conclusión del radical antiespañolismo de Garcilaso. Nosotros creemos en su sinceridad cuando en *La Florida* dice: «España, a quien debo tanto.» La visión histórica del Inca, llena de contradicciones, es mucho más matizada—más complicada también—de lo que hemos comprobado hasta aquí.

La adhesión total al estado modelo de los Incas que hasta aquí hemos prestado al autor de los *Comentarios*, aparentemente debe ser relativizada considerablemente a causa de la actitud crítica de Garcilaso adopta respecto a la sinceridad de los impulsos que impelían a los Incas a cumplir su acción civilizadora entre los indios. Para analizar

esta actitud buscaremos, al revés del método seguido hasta aquí, nuestro punto de partida en la *Historia de la Florida*.

Hemos hablado ya del importante capítulo en el que el autor «responde a una objeción». Es la objeción al argumento que preste a los indios ideas y anhelos y que les dé lugar a expresarlos. Las primeras aplicaciones de este recurso en *La Florida*, que permitió a Garcilaso incorporar en su relato una visión india sobre la conquista española, se convertirían más tarde en un verdadero método de trabajo en sus *Comentarios*.

En la *Historia de la Florida* ocurre más de una vez que los hombres de De Soto den con provincias cuyos señores naturales niegan la entrada a los españoles. Uno de ellos es Vitachuco. Este dice a sus hermanos, quienes quieren persuadirle a rendirse a los españoles, que no puede creer lo que de ellos publica la fama: «que a nadie hacen mal ni daño y que son muy valientes y hijos del Sol, y que merecen cualquier servicio que se les haga». Y continúa: «¿No miráis que estos cristianos no pueden ser mejores que los pasados, que tantas crueldades hicieron en esta tierra, pues son de una misma nación y ley?» (Es alusión a los españoles de la primera expedición de Juan Ponce de León.) Por las obras que hacen se ve claramente —dice— que son «hijos del diablo y no del Sol y Luna, nuestros dioses». Compárese eso con el pasaje de los *Comentarios*, citado en la nota 14, donde los indios llaman a los malos españoles «Zupay, que es demonio». Prosigue Vitachuco: «Y para poblar y hacer asiento no se contentan de tierra alguna de cuantas ven y huellan, porque tienen por deleite andar vagamundos, manteniéndose del trabajo y sudor ajeno» (15). Y muy pronto —agrega Garcilaso— los españoles habían de darse cuenta que éstas «no habían sido palabras, sino ardentísimos deseos de un corazón tan bravo y soberbio como el suyo».

También en los *Comentarios* sucede a veces que una tribu ofrezca a los reyes Incas una resistencia análoga a la de Vitachuco contra los españoles en el pasaje citado. Pero, a diferencia a lo que ocurre en *La Florida*, la resistencia de los indios contra la conquista incaica termina siempre por ceder a la fuerza de atracción que sobre ellos

---

(15) Ver *La Florida*, libro II (primera parte), cap. XXI. El reproche de *vagamundos*, una crítica de las frecuentes entradas que caracterizaba el período inicial de la conquista española, encuentra su contrapunto en el rigor con el que los Incas procedían contra este abuso en su reino: «era ley universal para todo el imperio que ningún indio saliese fuera de su tierra a buscar lo que hubiese de dar en tributo, porque decían los Incas que no era justo pedir a los vasallos lo que no tenían de cosecha, y que era abrirles la puerta para que en acaque del tributo *anduviesen vagando de tierra en tierra* hechos holgazanes» [p. 155]. Sólo los enviados por los reyes Inca o los curacas podían ir de un lugar a otro por los caminos del reino, «a los demás que caminaban sin causa justa los castigaban por *vagabundos*» [p. 160].

ejerce la fama de la mansedumbre de los Incas y la suavidad de su reino.

Veamos ahora los motivos en los que se fundaba esta primera resistencia que algunas tribus indias oponían a la dominación de los Incas en los *Comentarios*. Con los resultados de este examen enfocaremos después la actitud crítica que adopta Garcilaso a veces ante la sinceridad de la actuación de los reyes Incas.

Al llegar el Inca Capac Yupanqui a las fronteras de la provincia Chayanta, envía a sus mensajeros a los habitantes de ella con los requerimientos acostumbrados. Pero éstos no están dispuestos a aceptar de plano el dominio de los Incas. Dicen que no necesitan de nuevo rey ni nuevas leyes; que se contentan con las que tienen; «y lo que peor les parecía era sujetarse a la voluntad de un hombre que *estaba predicando religión y santidades y que mañana los tuviera sujetos*» [p. 106. Subrayamos].

Este mismo Inca Capac tropieza también con la resistencia de indios de otras tres provincias. Estos le hacen saber que prefieren morir más bien que aceptar su doctrina y señorío «y que el Inca se contentase con lo que había tiranizado, pues *con celo de religión había usurpado el señorío de tantos curacas había sujetado*» [p. 209. Subrayamos].

Aquí nos las habemos con un motivo de resistencia india contra los Incas que, cierto, Garcilaso no se atrevería a poner en los labios de los indios que se oponían a la conquista española en *La Florida*. Aquí damos con una ambigüedad en los *Comentarios* que es característica de la complejidad de las ideas y posturas que Garcilaso ha entretejido en el texto de sus historias.

Desde las primeras páginas de los *Comentarios*, en efecto, ha hecho constar que su punto de vista respecto al origen de los reyes Incas no coincide con el del viejo Inca, cuyo relato va citando. Cuando, por fin, vuelve a tomar la palabra para contar lo que él mismo piensa de este origen, viene ofreciéndonos una declaración sumamente racional y, como se verá, completamente de acuerdo con las *idées faites* del siglo xvi. Conforme —dice— con lo que he visto y sé de los indios, sospecho que aquel primer príncipe Manco Inca fue algún indio astuto que, viendo la necesidad que aquellos indios primitivos tenían de enseñanza y doctrina, «fingió aquella fábula, diciendo que él y su mujer eran hijos del Sol, que venían del cielo y que su padre los enviaba para que doctrinasen e hiciesen bien a aquellas gentes». La facilidad con la que los indios creyeron esta «fábula» se debía al buen ejemplo que daban los Incas: «porque es así que aquella gente a ninguna cosa atiende tanto como a mirar si lo que hacen los maestros conforma con lo que les dicen, y hallando conformidad en la vida y en la doc-